



Palabras de un médico que termina su residencia 1999-2001, Hospital ABC

Carlos Salvador Juárez Rojas

Cómo poder imaginar, cuando iniciamos la carrera de medicina, que la vida del hermano estaría algún día directamente en nuestras manos, que seríamos depositarios y vehículos del Divino Poder de retornar la salud a nuestros semejantes, que palabras tan simples como "gracias doctor" darían total valía y sentido a tu desvelo, a tu cansancio, a tu ayuno y a la lejanía de tu hogar.

Hoy, a muchos años de esto, a un paso de iniciar nuestra vida profesional plena, es necesario hacer un alto y reflexionar acerca de todos aquellos que hicieron posible un día como hoy, analizar lo que ellos esperan de nosotros, así como lo que tú mismo esperas y deseas de ti.

Es un buen día para honrar a nuestros maestros, aquellos que han compartido su experiencia y conocimiento con el único y desinteresado anhelo de verte crecer y alcanzar tus aspiraciones. Los sentimientos de gratitud, admiración y respeto habrán de mantenerse vivos por siempre en todos nosotros; sus enseñanzas deberán de alentarnos para transmitir nuestra propia experiencia a los compañeros más jóvenes, perpetuando así el milenar ciclo del maestro y el aprendiz.

Es también un buen día para hacer entre nosotros, maestros y alumnos, un juramento de hermandad, apoyo y respeto a la práctica de cada uno de nuestros colegas, manteniéndonos alejados de la intriga, la envidia y el celo y rencor profesional, ya que en un futuro no lejano la mano de aquel que creías tu enemigo y competidor puede ser el mejor apoyo en la adversidad.

Quede siempre un espacio en nuestro corazón para todos aquellos que iniciaron el viaje con nosotros y que, por alguna causa, ahora ya no están aquí. Para todos ellos, gracias por haber enriquecido nuestra vida con su existencia.

Hoy, al término de esta primera jornada

Habrà que quemar las naves,
pero antes habremos metido en ellas

nuestra arrogancia masoquista
nuestros escrúpulos blandengues
nuestros menosprecios por sutiles que sean
nuestra capacidad de ser menospreciados
nuestra falsa modestia y la dulce homilía
de la autoconmiseración*

Quien diga que nunca ha tenido miedo, está mintiendo; quien diga que no puede superarlo, no pertenece a esta casta de titanes, que han hecho de nuestra casa, el Hospital ABC, una dinastía con más de un siglo de excelencia académica, médica y humana.

Mantengamos pues en todo momento nuestra ética indoblegable. Ante un mundo metalizado que busca convertir la salud en el negocio más rentable, sólo la cabal comprensión de la naturaleza humana y la inmaculada práctica de la relación médico paciente serán salvaguarda del más antiguo romanticismo médico.

Reconozcámonos y aceptémonos falibles. La vida del médico se ve iluminada en múltiples ocasiones por el resplandor del éxito, pero son los fracasos quienes lo alimentan y le impulsan. ¡Llora!, pero no olvides jamás la enseñanza que cada error te deja.

Un último consejo, nunca permitas que la vida profesional acabe con tu familia. Siempre, por ardua que sea tu jornada, reserva unos minutos al día para platicar con tu esposa, jugar con tu hijo, darle un beso a tus padres, elevar una oración a tu Creador y estrechar la mano de un amigo.

Con fe en nuestro destino y en nosotros mismos partamos y practiquemos nuestra profesión como la ciencia-arte que en ocasiones cura la enfermedad, frecuentemente mitiga el dolor, siempre brinda consuelo y, por qué no, de vez en cuando efectúa pequeños milagros.

*Fragmento del poema "Quemar las naves" de Mario Benedetti.